

LOS PALACIOS DESIERTOS *

por
LUISA JOSEFINA HERNANDEZ

La mañana en que me enteré de la muerte de Rob Marlon por Teresa, la aterrorizada sirvienta que trabaja en este edificio de cuartos amueblados que todavía ocupo, me sorprendí con harta vergüenza, ocupado en analizar la reacción que este suceso provocaba en mi espíritu. Digo con vergüenza, porque hubiera querido dejarme envolver por algún sentimiento absoluto, aunque fuera sólo nerviosismo o una compasión auténtica y pasajera.

Un suicidio es un hecho especial, pero el suicidio de una persona cerca de quien había vivido más de tres años y en cuya vida había intervenido como cercano espectador en diferentes ocasiones, me obligaba casi a tener una reacción emotiva, a "sentir". Sin embargo, y a pesar de la conciencia que tenía de ello, pude darme cuenta de que este hecho no me provocaba más que una serie de largas y complicadas meditaciones.

Muy lejos estaba de sospechar que varias semanas después, estas meditaciones tomarían una paulatina importancia, hasta convertirse en angustia y finalmente en acciones no sólo complicadas, sino de una mal calculada y escandalosa impertinencia. O sea, para decirlo claro, en una pasión.

En los pocos momentos de calma que me fue dado disfrutar, pasados los primeros días, mucho reflexioné en lo envidiable y conveniente que hubiera sido para mí el haber respondido al asunto en forma inmediata, con esa actividad desenfrenada y a menudo inútil que se apodera de las personas relacionadas con aquellos que mueren trágicamente.

Pero dejémosnos de lamentaciones; soy demasiado dado a ellas y en realidad, detesto mencionar las cosas que dejé de hacer en determinadas situaciones y considero mis impulsos verdaderos como irremediables y más aún en este desdichado pero curioso caso. Arrepentirme de haber intervenido sería como lamentar la vida, o la expresión de mi rostro o el ritmo del sistema solar.

No, no tuve ni la más humana curiosidad cuando todas las personas

* Fragmento de una novela en preparación.

que viven en este edificio se reunieron en el vestíbulo del segundo piso con la malsana ilusión de captar cuando menos un ángulo de ese cuarto número cuatro, en esos momentos habitado por un cadáver.

Tampoco me acerqué a la ventana cuando supuse, por la obligada sirena, que había llegado una ambulancia para recoger lo que estaba allí (¿en qué posición?, ¿con qué rostro?, ¿sobre la cama?) y que pocos minutos después saldría una camilla llevada por dos hombres indudablemente agobiados por el peso de la extraordinaria musculatura de aquel que fue mi amigo.

No leí los periódicos durante la semana siguiente y debo confesar que pasados esos días, la primera vez que compré el diario de la tarde, tuve cierto recelo de que mis ojos dieran con algún comentario atrasado.

Claro, me defendí hasta donde fue posible, como si una escondida premonición me protegiera, pero no pude escapar a la charla insulsa de la ya mencionada Teresa, ni al olor del gas que había impregnado el también mencionado vestíbulo por el que necesariamente debo pasar para llegar a mi cuarto en el tercer piso.

Teresa tiene la obligación de cambiar la ropa de cama de los doce cuartos que componen el edificio, cuartos que por cierto la dueña insiste en llamar departamentos, y de limpiar diariamente, en forma más o menos imprecisa, no nada más los dormitorios sino también las cocinas y los baños que los completan, mínimos aditamentos que sin embargo influyen en forma decisiva en la psicología de la dueña y que le han ganado la denominación que ella prefiere.

Bien, estoy seguro de que Teresa notó las reticencias con que yo había encarado el suceso y de ello se aprovechó para tomarse el placer de comunicar todo lo que sabía a una persona no enterada y distinguida, además con la ventaja de conocer al difunto. Yo no la alenté de ninguna manera, pero ella, como destino, estaba decidida a enterarme y lo lograba.

Entraba en mi cuarto después de los consabidos "buenos días" y "¿se puede?". De pronto, decía en voz alta, sin mirarme y por lo general dándome la espalda:

—¿Se acuerda usted del relojito que colgaba en la pared? —hacía una pausa larga; yo me acordaba, pero no iba a admitirlo. Seguía adelante—. Pues estaba deshecho, yo creo que pisoteado.

Tiraba las cobijas sobre la cama con lujo de fuerza y el aire rebotaba sobre las páginas del libro que yo estaba leyendo. Seguía:

—Y la cantidad de papeles rotos. Si alguien me hubiera preguntado, yo hubiera declarado que el señor Roberto se mató de rabia.

—No se llamaba Roberto.

—Así me dijo él que le dijera. . . Claro, fue la dueña la que se decidió a abrir el cuarto. . . Bien que le gustó ir a declarar.

Sus informaciones siempre tenían un punto culminante que en este caso era lo siguiente:

—Dice la señora que vive frente al cuarto del señor Roberto que salió en el periódico que él era un anormal y que eso lo inventó la dueña para. . .

—Dígame, Teresa, ¿era un anormal?

A Teresa le molestaban las preguntas directas; nunca he visto una persona con mayor incapacidad para decir la verdad en forma rápida y concreta; esta es una de las razones que le hacían mentir, inclusive con descaro. Sólo podían creerse sus confidencias, nunca sus respuestas.

—Qué cosas dice usted. En todo caso, ella hubiera tenido que decir que fue por amor.

Era una alusión que yo esperaba en cualquier momento y en ése, me fue particularmente antipática. Recuerdo que cerré el libro con cierta violencia y salí a la calle. De nada me sirvió; el mal había empezado a crecer con rapidez cinematográfica.

Fuí a sentarme en la banca de un parque y recordé con detalles el frustrado suicidio que Rob había intentado hacía unos meses.

Por la tarde que precedió a la noche del intento, al entrar al vestíbulo me encontré con Elena, la mujer que continuamente acompañaba a Rob, sentada en un viejo sillón con un curioso aspecto de espera no comprometida. Su rostro no mostraba ninguna congoja especial ni tensión de ninguna clase.

La saludé y en ese momento preciso recordé que Rob había prometido prestarme una novela. Imaginé lo agradable que sería pasarme la tarde leyendo en mi cama y quise pedírsela.

Me acerqué a la puerta y toqué. Hasta entonces me pareció absurdo lo que hacía: si Elena estaba sentada afuera era porque Rob no se hallaba en casa; el suponer que él estuviera adentro era una especie de impertinencia, que además ya había hecho explícita con mi llamada.

Estuve a punto de volverme a presentarle una disculpa por mi aturdimiento, cuando del interior vino un fuerte golpe que hizo temblar la puerta. Indiscutiblemente se trataba de una patada.

Busqué la cara de Elena con temor; me la imaginaba bañada en lágrimas, ruborizada o contraída, pero me equivoqué. Su palidez era la misma, su mirada no buscaba la mía. . . sólo sus cejas parecían haber cambiado de posición, como diciendo sin alterarse mucho:

—Ya lo ve usted.

Me acerqué a la escalera sin decir palabra y subí. No pude estudiar, no pude leer, no pude dormir. Sentía una invencible curiosidad, que en el fondo era angustia, como si la casa fuera a volar en pedazos de un momento a otro.

Este es el efecto que experimento ante toda violencia, de manera que me tomé una pastilla calmante y traté de dedicarme a la ocupación que me distrae más: labrar figurillas en madera que frecuentemente termino y a veces regalo.

Oscureció y decidí salir a cenar con el espíritu perfectamente disciplinado y dispuesto a olvidar lo que había sucedido.

Al pasar por el vestíbulo me decepcionó no ver a Elena allí. No sé por qué había supuesto que su "deber", o por lo menos sus deseos, la obligarían a no moverse hasta que pasara la tormenta que azotaba el interior del departamento cuatro, donde, por cierto, reinaba el más absoluto silencio.

Mi interés, momentáneamente agotado, recobró la vitalidad cuando al abrir la puerta de la calle vi a Elena de pie en la acera de enfrente, bajo la lluvia, con los ojos fijos en la ventana. Al verme se sobresaltó. La calma pétrea que demostró durante la tarde, había desaparecido por completo y me miró con unos ojos que parecían haberse agrandado dentro de un rostro muy pálido y muy joven. Yo vacilé en la puerta, pensando si debería hablarle y podría jurar que Elena se ruborizó en la obscuridad, porque, inesperadamente, echó a andar a toda prisa.

Por mi parte, atravesé la calle y también miré hacia la ventana. La persiana estaba levantada, la luz prendida pero no se alcanzaba a ver más que un pedazo del desordenado librero de Rob: muchos libros, muchos papeles. Y por otro ángulo, el relojito, colgado en la pared.

Luego apresuré el paso para huir de aquella lluvia insistente y me dirigí al café donde por lo general tomo mis alimentos, si son ligeros.

El mismo estado de cosas encontré a mi regreso, la lluvia tampoco había cesado.

Me metí en la cama y, al hacerlo, tuve el fuerte impulso de bajar a pedir prestada la novela, pero no me atreví. Empecé a hacer un crucigrama que no me divirtió nada porque ya sé demasiado bien la técnica de esos acertijos, y me dormí.

Como a las doce de la noche tocaron a mi puerta. Sin que el sueño me permitiera reflexionar, me levanté y abrí. Desperté verdaderamente en el umbral, frente al rostro de Rob, un rostro con los ojos inflamados y la boca entreabierta.

Rob se sostenía una muñeca con la otra mano y de ella manaba san-

gre en abundancia, tenía grandes manchas de sangre en su camiseta de manga corta y en sus pantalones de dril.

—¡Un accidente! —dije—. Pasa, a ver qué puedo hacer. La respuesta vino rápida y cortante.

—No seas estúpido, es una vena. Quiero ir a la Cruz Roja.

Me vestí como pude, le eché un impermeable sobre los hombros y salimos a buscar un coche que afortunadamente pasó en seguida.

Hasta que nos hallamos en un pasillo de la Cruz Roja, pude ver a Rob con atención.

Rob no era alto. Era más bien pequeño, pero con una musculatura extraordinaria: sus brazos, su espalda, su pecho, correspondían a los de un hombre veinte centímetros más alto que él. La parte inferior de su cuerpo, sin ser desproporcionada, hubiera correspondido mejor a un hombre delgado.

Allí en ese pasillo, sentado en un banco, esperando que le cosieran la vena, tenía un aire casi cómico de gorila amaestrado. Eso, evidentemente, fue lo que pensó un médico joven a quien se le escapó una sonrisa que Rob registró de inmediato.

Entonces empezó el verdadero escándalo, porque Rob era incapaz de aceptar la ridiculez de su suicidio. Era cómico que toda esa vitalidad y esa sensación de peso pudieran evaporarse por un agujerito en el brazo izquierdo, practicado con una navaja de afeitar.

Rob se puso en pie y le dio un golpe al médico con la mano derecha. Vinieron otros dos jóvenes vestidos de blanco y una enfermera, hubo algunos diálogos bochornosos que no repito y, finalmente, se llevaron a Rob adentro, pero no sin ciertas consideraciones que a mi modo de ver no merecía.

Después de un rato en que me ví acosado por el temor de presenciar no se qué desgracias (no llegó nadie más, afortunadamente; luego supe que las horas más socorridas eran de dos de la mañana en adelante), regresó Rob con el brazo vendado y su eterna expresión de arrogancia.

Salimos. Había empezado a soplar el aire que a veces precede un nuevo aguacero y me pareció ver que Rob se estremecía debajo de su camiseta manchada. Le ofrecí mi impermeable y no lo aceptó.

Sentí que ahora toda su agresividad se había vuelto hacia mí y lo disculpé: primero, él necesitó de mi ayuda; luego, yo presencié el incidente con el médico.

Había ya hecho el propósito de no dirigirle la palabra, cuando empezó a hablar.

—Elena... ¿sabes quién es?

Contesté en seguida.

—Sí. Esa joven. . .

—Esa joven —repitió él.

Rob lo dijo con sorna, como si yo hubiera dicho "esa niña".

—Tiene veintinueve años y es, como dicen ustedes, una solterona. No me casaría con ella ni que fuera. . . —de pronto cuando yo esperaba un adjetivo fuerte, hizo un gesto—: Es la mujer más dulce y. . . más hermosa. ¿Te has fijado en su cuerpo? —Yo estaba por contestar que no. Hay mujeres que parecen un abrigo o un impermeable y ella es de éstas. Entonces me detuvo. —Te estrangularía si te hubieras fijado. —Se tocó la frente. —¿Qué estoy diciendo?

Para entonces, había pasado del resentimiento a la ternura y a la confusión. Decidí no hablar más, pero él siguió.

—No quiere quedarse a dormir conmigo.

Me encantó la confianza y me alegré de que no fuéramos en un taxi. El chofer se hubiera muerto de risa. Rob adoptó una expresión melancólica. Yo recordé haber visto una madrugada que Elena salía de la casa con Rob; vi el reloj y eran las tres. Cambié de idea y hablé.

—Pero yo creía que. . .

—Sí. Claro que sí. Pero no quiere quedarse a dormir conmigo.

—¿Con quién vive?

—Con su madre. Pero podría decirle algo. Una sola noche, ¿no?

—Pues sí.

—Pues no quiere. ¿Por qué? No sabe.

—Tal vez quiere que te cases con ella y piensa. . .

Rob calló con un silencio que se parecía a la nostalgia o a la añoranza de una cosa pasada. Pero Rob nunca había sido casado; ni ella tampoco, que yo supiera.

Llegamos a la casa y nos despedimos.

—Trata de dormir.

—Luis. . . —me detuve—. Nunca serás médico. No tienes la pasta. Pierdes el tiempo.

Subí la escalera que nos separaba, sonriendo. . . aparentemente. Me hubiera hecho feliz decirle que Elena tenía mucha razón de no querer dormir con él.

Cuando llegué a mi cuarto me asaltó un pensamiento: el de que ni por asomo podía definir el motivo del suicidio frustrado, y que, si no hubiera estado al tanto de que esa tarde había ocurrido algo fuera de lo normal, aquello hubiera podido pasar por un accidente cualquiera.